

Gabriel Bermúdez Castillo

SALUD MORTAL



A lo largo del tiempo se han ido sucediendo en el mundo los sistemas de gobierno más diversos: desde la tiranía ejercida por un reyezuelo local, pasando por la aristocracia de la fuerza o el dinero, la oligarquía o la monarquía, hasta llegar a las más variadas formas de democracia. Pero cuando las circunstancias mundiales hicieron que la salud llegase a ser el bien máspreciado, una sola forma de gobierno se impuso: la poliarquía ejercida por la clase médica.

En la España del siglo XXI, los anteriores sistemas de gobierno han sido sustituidos por una oligarquía médica, en la que sólo los titulados en Medicina y Cirugía pueden acceder al poder y ocupar los puestos más altos. Pero esta «revolución de la salud» tiene su oponente: las BAE (Brigadas Antimédicas Españolas), que constituyen una contrarrevolución violenta y despiadada.

Si en España vuelve a haber otra guerra civil, no matarán curas; matarán médicos...

(de un paciente anónimo del siglo XXI)

Un político no puede extirpar un apéndice; un escritor no puede tratar un Parkinson; un pintor no puede curar una neumonía atípica... Pero un médico puede regir los destinos de su país, escribir una o varias obras de cualquier clase, o pintar cuadros... y además, ejercer por derecho la medicina y cirugía...

(de un autor anónimo del siglo XXI, probablemente facultativo)

La salud es algo demasiado importante y serio como para dejarla en manos de los médicos...

(de un terrorista anónimo del siglo XXI)

UNA JORNADA DE NEGOCIOS

Lesbia me despertó para decirme que había llegado el operario encargado de colocar el segundo teléfono. Me fastidió que me llamasen tan temprano (eran las ocho de la mañana) pero me alegró tener por fin el segundo aparato telefónico, un número privado que me permitiría no contestar al primero, algo insistente a veces, reservándolo para las personas más allegadas. Así que mientras el operario charlaba con Lesbia y dejaba a su instalador mecánico colocar el aparato y hacer todas las conexiones precisas, me senté en mi sala de estar, anexa a la alcoba, y esperé con tranquilidad que el hombre se diera cuenta de que con Lesbia no había nada que hacer.

Lo cierto es que Lesbia llama la atención en cualquier sitio. Es alta (me lleva casi diez centímetros), morena, con una cabellera abundante y rizada que enmarca su rostro como un halo: tiene los ojos verdes y muy rasgados, y una expresión de singular dulzura, sumamente engañadora. Si a eso añadimos que acostumbra a llevar una especie de traje muy ajustado, de color negro brillante, y que tiene un cuerpo muy sensual, no es extraño que cualquier hombre que la vea intente obtener sus favores.

Oí un resoplido de disgusto, y al poco, el trabajador pasó raudo ante mí, entró en la alcoba y se quedó frente a su instalador, ceñudo y con los brazos cruzados, viendo como

las pinzas, garfios y llaves del ingenio iban conectando cables y efectuando soldaduras.

—¿Qué tal día hace?

—Ayer vino usted tarde —reprochó ella, colocando el desayuno ante mí—. Tal vez a las tres de la mañana... Ahí tiene usted café y tostadas...

—Café solo, Lesbia. ¿Es del bueno?

—No. ¿Es que no se acuerda? Hace tres días que se acabó el de verdad... ¿Resaca?

—Alguna. ¿Qué tal mañana hace?

—Buena. Yo diría que es el primer día de primavera. Siete de marzo, lunes. Dieciséis grados. ¿Se acordó usted del boleto?

—¡Diablos, no! Luego iré a papá Triphon y conseguiré uno...

—Y seguramente, otra borrachera como la de ayer.

—No era borrachera, Lesbia. Sólo iba un poco colocado.

—Pues si le cogen así por la calle, usted me dirá...

El operario salió de la alcoba.

—Terminado el asunto. ¿Me firma la conformidad?

Lo hice, mientras él miraba a su alrededor.

—Vive usted en una mansión... Supongo que por eso le ha dado por ponerse un aparato antiguo, de los de época. No sabe qué trabajo ha costado conectarlo. Pues sí... Creo que nunca había estado en un sitio como este. ¿Cuánto terreno tiene?

—La parcela son dos mil quinientos metros, y la casa, entre unas cosas y otras, cerca de trescientos.

—No me quejo —dijo él, con cierto rencor—. No me quejo. Vivo en un pisito en el barrio de Nuevo Pasteur, con sesenta metros, en una planta treinta y dos. No estamos mal, mi mujer y yo... pero tenemos dos hijos... y otro en camino...

Observé su expresión de cansancio. Era un hombre joven, quizá de unos treinta años, y su rostro resultaba algo

avejentado. Pensé que quería decirme algo, y que estaba dándome conversación por eso.

—Esa chica —dijo, indicando por donde Lesbia se había ido—, es un poco rara, ¿no?

—Si le hizo usted proposiciones de salir a merendar o algo así, no me extraña que piense eso. Lesbia, como su propio nombre indica, es lesbiana, o si lo prefiere de otra forma...

—Tortillera.

—A ella no le gusta que la llamen así, pero la verdad...

El hombre permanecía allí inmóvil, con la conformidad firmada en la mano. Detrás de él, el bonito ayudante mecánico, esmaltado en azul y rojo, con todas sus piezas de acero inoxidable colocadas en la caperuza, oscilaba ligeramente en virtud de las vibraciones del motor de inducción.

—No sé si usted... —dijo el hombre—. ¿Tiene usted electro?

—Sí; tengo uno, de dos plazas... una especie de deportivo.

Me callé que en el aparcamiento del chalet tenía también uno de los pocos Rolls&Royce de Madrid, un Silver Warrior EH.

—Yo... mi mujer y yo, estamos ahorrando para comprar uno, aunque sea barato. A los niños, los días de fiesta... ¡después de los Santos Oficios, claro está!, les vendría tan bien un poco de campo...

—No puedo prestarle nada, si es eso lo que busca.

—No es eso; no señor. Solo que... usted parece, o mejor, seguro que lo es, persona de posibles... ¿Es usted médico?

—No; soy pintor.

—Menos mal. Bueno; si no tuviera más hijos, yo... ella y yo podríamos ahorrar para un electro. Usted debe tener relaciones... y esto no le hará daño. Querríamos conseguir eso que dicen... la píldora para no tener niños... ¿Sabría usted...?

—Lo siento —respondí, procurando eliminar de mi tono de voz la sequedad que hubiera utilizado con mucho gusto—. No puedo hacer nada por usted... no sé nada de eso...

—¡No soy ningún espía, ni ningún provocador!

—No lo dudo, pero no sé nada de ese tema. Además, yo soy soltero. Buenos días.

Sorbí el café sucedáneo, y no probé las tostadas de soja. El brebaje, al menos, estaba caliente y dulce, y tenía un ligero regusto a café auténtico. Ni comparación, claro está, con el que en contadas ocasiones podía conseguir, vía diplomática, procedente del Brasil.

Salí al jardín. Y digo jardín, por llamarle algo. Sé que hay unos pocos pudientes (mucho más que yo) que a base de enormes esfuerzos, de influencias terribles y de dinero, han conseguido cultivar unas cuantas plantas o árboles en sus terrenos privados. No es necesario decir que todos son médicos, de una u otra especialidad, y algunos se encuentran entre los once del Consejo de Salud Pública. Es lógico que todos los esfuerzos se dediquen a conseguir ampliar las superficies de cultivo, cosa que poco a poco, se va logrando. Pero siempre hay favoritismos, y se desvían unos cuantos sacos de revitalizante, o un par de labradores diplomados pierden unas jomadas fuera de sus granjas oficiales.

Volviendo a mi jardín, pienso que hubiera engañado a cualquiera. De la puerta de mi casa, una avenida bordeada por grandes palmeras se extendía hasta la valla, mas allá de la cual se hallaba la ancha Nacional II, con su pista de aluminio cobreado. Los electrocar pasaban a la máxima velocidad autorizada en un sentido o en otro, flotando sobre la pista de metal, mantenidos y empujados por el campo de inducción. Yo había puesto hileras de cipreses de adorno y tupidas cortinas de madre selva sobre los barrotes de la verja, pero eso no impedía ver las panzudas formas de los electros corriendo de un lado a otro. Agucé la vista... Sí: aquello era un Ferrari Folgore. Había dos en toda España; de manera que, o era el del doctor Serrano o el del doctor

Paredes. Sobre el alargado y elegante vehículo, volaba una pareja de jóvenes provistos de nulgrav baratos, de corto alcance, que habían unido entre sí mediante cables coaxiales, para mayor seguridad. ¡Ah, el amor!

Alrededor de la casa había una buena extensión de césped y unos cuantos árboles variados: baobabs, robles, castaños, naranjos, limoneros, pinos, y hasta un drago canario. Había dejado yo, cuando compré la parcela en este lugar (la Urbanización Paracelso), un buen territorio ante la puerta de entrada para que aparcasen los diversos cacharros de mis amigos, si es que celebraba una fiesta. Pero lo cierto es que todavía no había dado ni una, ni siquiera la prometida fiesta de inauguración.

Llegué a la gran puerta del garaje-taller. Pensé con intensidad, y se abrió. Otros eran más diestros que yo con esto del pensamiento; a mí, a veces, las cosas no me respondían, lo que me daba mucha rabia. De todas maneras, la orden mental, según estadísticas, falla (por razones que no se saben) un 30% de las veces. Allí estaba aparcado el electro de dos plazas y el estilizado Rolls&Royce, modelo del año anterior. Un capricho como otro cualquiera, porque lo usaba rara vez. La gasolina me la enviaban de Inglaterra, y era brutalmente cara. Además, hacían falta seis toneladas de papeles, certificados y autorizaciones para conseguirla. En fin; de momento yo tenía almacenados unos sesenta litros. También tenía allí un electrocar furgoneta, que Lesbia conducía cuando era preciso entregar un cuadro o ir a la compra.

Me acerqué al cuadro de mandos situado tras la puerta. Giré el botón a «OTOÑO». Me asomé. En todo el jardín las hojas amarilleaban, se encogían. Una proyección holográfica (patente alemana) produjo imágenes de hojas cayendo. No era verdad, naturalmente. Primero que las hojas de los árboles mecánicos son caras, y segundo que si hubieran caído en el césped de verdad... ¡vaya cochinada para limpiarlas! Lesbia, mayordoma, chofer, jardinera y mecánica,

me hubiera matado. Giré a «INVIERNO». Las ramas se quedaron desnudas, la escarcha cubrió con sus cristalinas formas los troncos de los árboles y las brizas del césped. Un estanque de metacrilato que había cerca del drago se volvió de blanco hielo. La imagen del jardín era muy triste. Yo no estaba seguro de que estuviera bien hecho; no sé donde he leído que las palmeras, los limoneros y los naranjos no pierden las hojas en invierno... Tendré que preguntárselo a Damián, cualquier día que me dé una vuelta por las granjas.

Volví a poner el mando en «PRIMAVERA». Mientras los árboles recuperaban sus hojas y la madreselva retoñaba, vi a lo lejos, entre la bruma, los altos, los enormes edificios de Madrid, entrelazados por vías y pasarelas a diversas alturas. Luego, entré de nuevo en la casa. Lesbia gritó, desde el laboratorio doméstico:

—¡Va usted a coger frío, jefe!

No le hice caso. Efy, mi perro, salió de las profundidades de la casa, relamiéndose una y otra vez. Es un *boxer* bastante grande, con ese rostro característico y amenazador que los perros de esa raza tienen. La verdad es que quien le ve, pregunta si es fiero y si muerde. Pero también es cierto que, como cualquier otro *boxer*, Efy es tonto perdido, ladra lo justo para ganarse el sueldo, y tiene la misma agresividad que un conejo adulto.

Me senté en mi sillón predilecto, ante el ventanal que daba al jardín, y pensé que tenía que llamar a Julián Bioy Morel. Era la hora y el momento. Pero me daba pereza.

Bien. Me llamo Jordán, Alcestes Jordán. Lo del nombre fue cosa de mi padre, maestro y amante del griego, que malvivía en un pequeño pueblo de las afueras de Madrid. Creo que significa lo mismo que Hércules, y tal vez me lo pusiera pensando que trajese para mí la fuerza y la belleza de las estatuas clásicas. Pues no. Soy algo rechoncho y más bien bajo. No soy fuerte, y ni siquiera valeroso. Por mucha vergüenza que me dé, he de reconocer que los enfrenta-

mientos físicos directos me aterrorizan. Seré capaz, si se quiere así, de matar o defenderme a distancia mediante botones, pero pegarme con alguien... muy bebido tendría que estar, y eso sin que la policía Panmónica me oiga.

En este momento, mi padre y mi madre, muy viejecitos ya, están en una residencia para ancianos de Málaga, que pago con gusto. Otras familias tienen que mantener en casa a los ancianos, a los enfermos crónicos, a los terminales... Yo soy un buen hijo. Les doy toda la atención personal y médica que el dinero puede suministrar, y los visito con frecuencia. A mi padre le llevo, sin que la policía de la residencia lo sepa, unos pocos cigarrillos de manzanilla, y a mi madre, una botella de vermut, que siempre le ha gustado mucho. Una vez se lo encontraron y se lo quitaron. ¡No hay derecho a tratar así a una pobre anciana! Pero otros, muchos otros, están peor...

Efy me puso la cabeza en la rodilla, me miró con sus ojos amarillos, y dejó deslizar de sus belfos colgantes unas babas cristalinas que me humedecieron el pantalón...

Pues había que llamar a Julián Bioy Morel. No quedaba otro remedio. Desde la puerta de sus dominios, Lesbia, enfundada ahora en algo de color fuego, ceñido como un guante, que subrayaba todas sus formas, me hizo con los dedos índice y pulgar de la mano derecha el clásico gesto que significaba dinero.

—Necesito mil ecus. Hoy es lunes y hay que ir a la compra. Mientras estaba en el jardín ha llamado el señor Mendoza, el ingeniero. Dice que lleva cuatro años esperando un cuadro suyo... que si sería posible tenerlo antes del verano.

Mugí algo ininteligible. Indiqué a Lesbia la caja metálica que había sobre la apagada chimenea (otro lujo absurdo) y pensé otra vez que había que llamar a Julián Bioy Morel. Lesbia cogió el dinero, y las llaves de la furgoneta y se preparó para marchar.

—Ponte algo encima de eso; si no, te van a detener por escándalo público.

—Y a usted por ateo. ¡No se olvide del boleto de ayer!

—Que no; que luego iré a Papá Triphon...

Después de que salió, miré con firmeza al aparato de radio que había sobre la mesa. Pensé «Conecta». Nada. A la tercera vez, un tanto irritado, lo conecté a mano. «Un cuarto de hora de música, y llamo a Julián. Un cuarto de hora de música relaja, y me es necesario». Después de convencerme a mí mismo de esa manera y darme mi completa aprobación, rebusqué en el compartimento secreto del sillón, extraje un cigarrillo, y lo encendí. Un doble placer. Por un lado, el inhalar el humo y sentir cómo su sedosa suavidad invadía mis pulmones; por otro, el placer enorme (yo no sé por qué, pero para mí lo es, y muy grande) de hacer algo que está prohibido. Ya sé que el tabaco no se considera droga dura, pero no deja de estar penado su tráfico, y en ocasiones, su uso. ¡Qué le voy a hacer! Los riesgos, las maldades y lo prohibido me gustan, y no me dan miedo alguno, al contrario que las peleas.

Un chirrido cortó la música que estaba oyendo. ¡Vaya! Otra vez una emisión fantasma... Escuché con atención e interés. Una voz bien modulada sobrepasó las relajantes notas musicales.

—Boletín especial de las Brigadas Antimédicas Españolas, conocidas como las BAE. Como siempre, y para evitar localizaciones, no excederemos de un minuto de transmisión. Esta mañana, Carmen Caballero, Técnica Sanitaria de Primera, con destino en el hospital Lister Memorial, ha sido despedida por el director del centro, nuestro querido Presidente Doctor Suñer Capdevila. Carmen Caballero había denunciado que los biberones de los niños no se preparaban con agua esterilizada, ya que el Técnico de turno se limitaba a llenarlos del grifo del agua caliente, sin garantía sanitaria alguna. La denuncia insistente de la señorita Caballero, subrayada por algunas infecciones, probablemente cau-

sadas por esto, y que han sido calificadas por el médico de guardia como un GI700A, ha tenido como consecuencia su expulsión del centro... Cortamos. Os ha hablado el ejecutante Trasradial. ¡La salud es el beneficio de la vida!

Bueno; no estaba mal. Corto, conciso, concreto... y bastante poco efectivo. No valía la pena el minuto de música que había perdido.

Marqué el número de Julián.

—Oye... soy Alcy... Alcestes Jordán.

—Ya te he conocido, Ajordán. Hace tiempo que no me llamas. ¿Hay algo?

—Mucho. ¿Puedes venirte por aquí?

—Claro que sí, desagradecido... Así conoceré tu casa. ¿A qué hora?

—Tengo un café repulsivo, y media botella de auténtico Gastón de Lagrange. ¿Te va a las cuatro? Así pintaré un poco y echaré una siesta.

—Me parece muy bien. No te acepto el café, y en cuanto al coñac, no puedo probarlo. Tengo un CVS363A, y me han prohibido totalmente el alcohol.

—Pero ¿te lo han puesto en la libreta?

—¡Naturalmente! Además, aunque no me lo hubieran puesto. Si te prohíben una cosa... ¿qué vas a hacer?

—Claro, claro...

Subí al estudio. Está en la parte alta de la casa, dedicada por completo a mi profesión. Es grande, largo, y dotado de luz cenital natural y artificial. Tiene varios anexos, a uno de los cuales me dirigí. Allí tenía mi pequeño taller para aguafuertes, que era lo último en que me había metido. Para Julián iba a ser una novedad. De todas maneras yo no estaba muy convencido de que aceptase la exposición. Prefería dársela a él antes que a nadie, por dos razones: la primera porque soy agradecido, y fue él quien me lanzó; la segunda porque la Galería Bioy Morel es la primera de Madrid y de España. De todas formas mis cuadros están vendidos para el resto de mi vida... hay quien lleva siete años es-

perando un cuadro mío, y entonarían cánticos de alegría si recibieran cuatro brochazos en la tapa de una caja de zapatos.

Anduve con cuidado porque el ácido nítrico tiene malas bromas. A veces utilizo el percloruro de hierro, pero en esta ocasión, no. Hice la primera prueba de estado de una serie que proyectaba con vistas al futuro. Luego, como no me encontraba muy creativo, me limité a barnizar una docena de planchas de cobre de diferentes tamaños. Me encanta el cobre; adoro su color y su blandura. Hay pocas cosas más bonitas que una plancha de cobre de un par de milímetros de grosor, lisa como un espejo, esperando que pongas en ella algo maravilloso.

Lesbia volvió con dos sacos de harina básica, suficientes para la semana (¡a ver qué inventaba para comer!), unas cuantas bombonas de agua mineral estéril, un saquito insignificante de revitalizador (para una maceta de albahaca que cuidaba como a las niñas de sus ojos) evidentemente conseguido de contrabando, y un par de exquisiteces esperadas desde la semana anterior: una lata de atún del Norte de 500 gramos, y una botella de vino de Jerez de marca muy poco conocida. Insistió en hacerme la cuenta, a pesar de mis protestas, y se retiró a su laboratorio de cristal y acero, para tratar de elaborar algo comestible. De paso, me dijo que aquella noche iba a recibir a una de sus amigas en sus habitaciones privadas; de manera que esperaba que no la molestase nadie a partir del toque de queda.

El sol había calentado bastante el exterior; por eso, comí en la pequeña terraza que había junto al estudio. Lesbia me sirvió una serie de cosas de bastante buen sabor, que tomé casi sin gana. Luego, bajo el intenso sol, me dormí un poco.

Me despertó el zumbido del electro de Julián entrando en la parcela. A lo lejos, aclarada la atmósfera, se divisaba la gigantesca torre con los discos de inducción, situada en el mismo centro de Madrid; el Parque Central.

Entré en el estudio. Lesbia había dejado allí a Julián, que andaba curioseando los caballetes, los cuadros a medio terminar, y los que estaban apoyados en las paredes. Nada más verme, me tendió las manos, que le estreché con verdadera sinceridad. Le apreciaba de veras; era una de esas amistades que consigues cuando ya estás entrando en la madurez, y que te sorprenden por lo fácilmente que congenias y te comprenden. Era un hombre más alto que yo, huesudo y con cara de monje. Tenía una gran nariz aguileña, pómulos muy pronunciados y mejillas hundidas. Y un gran olfato para el negocio.

—Bien, Ajordán —dijo—. ¿Qué te traes entre manos esta vez?

Lo de “Ajordán” requiere una clara explicación. Era así como yo firmaba: con la inicial de mi extraño nombre y el apellido. Había gente que creía que yo, verdaderamente, me llamaba de esa forma. Bioy Morel lo usaba con cierto sentido loquesco.

—¿No quieres probar el coñac?

—Prefiero que no... Venga; enseñame cosas. Primero los cuadros; luego esta casa tan grande que te has hecho... ¡se pierde uno en ella!

—Pasa por aquí... esto es una especie de sala de exposiciones...

Otro capricho mío. Como en el momento en que construí la casa me sobraba el dinero (ahora andaba un poco justito) me di el gusto de situar una pequeña sala para mostrar cuadros al lado del estudio.

Julián comenzó por los que había cerca de la puerta.

—Continuación de tu estilo anterior —dijo—. Tienes habilidad para hacer esos volúmenes que te dejan preguntándote ¿qué será eso? Esto yo lo conozco, diría que lo he visto, pero no sé qué es... Medio realista, medio abstracto, como siempre. Todo vendido, te lo aseguro. Va a ser un bang. Este es bueno... ¿cómo se llama?

—«El atardecer que viene».

—Lo mismo podrías haberle llamado... bueno, déjalo. El mismo sistema, por lo que veo. Manchas al acrílico y detalles al óleo, ¿verdad? ¡Oye, Alcy, fenomenales estos de aquí! ¡Ah, condenado! ¡Has puesto los peores al principio! ¿Cómo has hecho esto?

—Con secante de cobalto...

—¿Buscabas que resquebrajase?

—Claro que sí...

—Vas a ganarte un conto; te lo juro. Estás cada vez mejor. ¿Las mismas condiciones de siempre? Por cierto, en la Bolsa de arte tenemos miles de ecus esperando cuadros tuyos...

—Me alegro mucho, Julián.

Permanecí en silencio mientras él revisaba los lienzos y los cartones. Pero no podía evitar que los ojos se me fueran hacia la cortina del fondo, que con su brillo tornasolado reflejaba, como un torrente de fuego, las luces del techo. Puse sobre los caballetes unos cuantos más que estaban en el suelo. Julián dio por terminado el examen.

—Sólo veintiún cuadros... Son pocos, ¿no? Para dos años sin exponer. Tú acostumbrabas a hacer unos treinta al año. Te vuelvo a proponer lo mismo de antes. Cinco millones de ecus por treinta cuadros al año; lo que sobrepase, te lo compro al precio normal.

—No me interesa todavía, Julián. Y no hemos terminado. Ven aquí.

Pensé, fuertemente, mirando a la cortina con verdadera furia: "¡Ábrete!". Al final, tuve que correrla a mano. ¡No sé para qué me había puesto la placa! Sin duda estaba estropeada...

Julián avanzó como un coche de gasolina, con las narices levantadas, husmeando la novedad.

—¡Aguafuertes! —rugió—. ¡Y de qué tamaño! ¡Esto no lo habías hecho antes, ladrón!

—Pues no...